



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS, POR FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

Juan Manuel García Ramos

Por Francisco J. Quevedo García

Quién es

Nace en San Cristóbal de La Laguna en 1949. En 1974, ya novel y prometedor profesor de la Universidad de La Laguna, consigue con *Bumerán* el “Premio de Edición Benito Pérez Armas”. En *Bumerán* se impone la literatura cíclica, la trama se atenúa en favor de una insistente indagación narrativa sobre la identidad insular, un asunto que ha sido un leitmotiv del autor. Es una obra con un fuerte alcance sobre la realidad, predomina una visión existencialista del mundo, en la que la isla —cerco— impone sus leyes. En este sentido, Juan-Manuel García Ramos hace una aportación muy personal que va a ser característica de su devenir como escritor y pensador: el tono ensayístico. El protagonista, trasunto de una colectividad coetánea, la de los años setenta, va desplegando conversaciones, o reflexiones íntimas, en torno a lo que supone haber sido republicano, de lo que significa América como El Dorado económico y libertario, la difícil tarea de instalar el socialismo, el arte pictórico como evasión, la literatura como necesidad vital, o circunstancias más comunes como haber terminado vendiendo cupones de ciegos o trabajando de limpiarretres. Este conglomerado se enhebra en un conjunto textual muy legible a pesar de su conexión estilística con el experimentalismo literario, con la nueva novela como se denominó por entonces en España. No es de extrañar que en las citas preliminares elegidas por Juan-Manuel García Ramos para *Bumerán* nos encontremos con Alain Robbe-Grillet, uno de los miembros más significativos de la *nouveau roman* francesa. Sin embargo, y este punto es muy destacado en el autor lagunero, las influencias de esta tipología literaria provienen no solo de su conexión con la literatura europea sino de la americana. Pensemos en Faulkner y en los autores de la expansiva onda del boom: García Márquez, Vargas Llosa y, sobre todo, Onetti.

En 1980 sale a la luz su segunda novela, *Malaquita*, “Premio de Novela Benito Pérez Armas”. Con el estilo aún anclado en el proceso del experimento narrativo, esta novela es donde observamos con mayor intensidad el trasfondo onettiano de Juan-Manuel García Ramos. La marginalidad en su amplio espectro adquiere la dimensión que merece en la novela. No en vano, el autor demuestra a través de un hábil ejercicio de rastreo diseccionar la realidad, rayar la superficie y escarbar en el entramado que hay bajo esa maraña. Y ahí vemos que el mundo marginal es



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS, POR FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

sorprendentemente amplio y duro. Como el escritor uruguayo, García Ramos obra la alquimia exacta para maridar la crudeza con la poesía, con un lirismo hondo, sufriente pero también hermoso. Entre las miserias que ensucian la ciudad anidan sesgos de belleza. Entre ellos, destacan sobremanera los trazados por el amor que se incardina en la novela como una esperanza redentora y eterna. *El inglés. Epílogo en Tombuctú*, “Premio de Literatura del Gobierno de Canarias”, se publica en 1991. Carlos Asturias Harrow, descendiente de una familia de ingleses que recalán en Tenerife, es el protagonista. El rico acervo cultural de Canarias, proveniente en gran medida del mestizaje que se ha desarrollado a lo largo de la historia, se plasma a través de este personaje humanista que hereda lo proveniente del tronco familiar y se proyecta hacia un futuro ambicioso como gran intelectual. Sin embargo, en la línea de los mejores antihéroes —*Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry—, todos los hados favorables se deshacen y Carlos Asturias Harrow cae en la tormentosa espiral del fracaso. Juan-Manuel García Ramos ha dejado atrás el experimentalismo y la crítica social para adentrarse en una novela dotada con mayor narratividad, donde la presencia de la trama es mucho más reconocible, y se inserta en una línea de novela personal, que podríamos definir como novela de la intimidad, una intimidad que se apoya en una estupenda recreación filosófica. Tras el fracaso, surge como única vía redentora para el protagonista la aventura africana y ahí desemboca en ese epílogo en Tombuctú, que permite rememorar *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad.

Con *El guanche en Venecia* (2011) surca un nuevo derrotero: la novela histórica. No obstante, esta tipología narrativa está trazada desde un nexo común en toda su literatura: la indagación sobre la identidad insular. Desde los meandros de una realidad aparentemente ficticia —tras la conquista de Tenerife, Fernández de Lugo envía al mencey Bencomo a la corte de Castilla, y de allí parte hacia como un exótico regalo de exposición hecho al dux Agostino Barbarigo—, Juan-Manuel García Ramos lleva a cabo una versión libre exultante de dinamismo, de documentación histórica y de tramas que confieren a la novela una trama plena de expectativas. Ello no obsta para que la obra fortalezca, como habíamos señalado, la perspectiva del ahonde sobre la identidad de Canarias. En este sentido, además de apuntalar los sucesos en torno a la conquista de Tenerife, la última isla en ser rendida en 1496, a través del personaje de Bencomo y de su increíble periplo indaga en la conexión bereber de los antiguos aborígenes del archipiélago.

También desde la historia de Canarias se cimienta *El zahorí del Valbanera* (2013), pero en esta ocasión Juan-Manuel García Ramos se integra en esa historia metanovelescamente. José



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS, POR FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

Aquilino Ramos, abuelo del autor, es el protagonista de la que tiene al barco Valbanera y a su tragedia como eje central. Con una dimensión autobiográfica que no habíamos visto antes en la creación anterior del escritor, este realiza un magnífico ensamblaje de vivencias personales, existencias marcadas por el destino y la asunción del trasvase Canarias-América —y viceversa— como fundamento del ser atlántico. *El zahorí del Valbanera* cuenta el naufragio del navío, con la desaparición de 488 personas frente al puerto de La Habana. Un suceso que conmovió a los canarios porque ahí iban sus familias de emigrantes. José Aquilino Ramos, gracias a su intuición de zahorí, se salvó como otros que decidieron no forzar la máquina del destino y desembarcaron en Santiago de Cuba. Pero los que decidieron seguir al albur de la suerte en el mar para buscar un trabajo —como hoy en día miles de emigrantes siguen cruzando las aguas del Atlántico y del Mediterráneo— fueron sumergidos por la catástrofe. Juan-Manuel García Ramos asimila por medio de su abuelo José Aquilino el episodio del Valbanera, uno de los episodios más crueles que se conocen dentro de los numerosos y trágicos accidentes provocados en los procesos migratorios. Una vez más, la narrativa de Juan-Manuel García Ramos no deja indiferente; esta novela histórica con raíz autobiográfica sacude el intelecto e insta a actuar ante la desolación del emigrante.

El trabajo ensayístico ha sido uno de los focos prioritarios de la escritura de Juan-Manuel García Ramos, Premio Camp de l'arpa de ensayo 1976. En este ámbito del pensamiento se ha centrado en dos asuntos principales: el estudio literario y la indagación sobre la identidad insular. Ambos elementos no son, ni mucho menos, antagónicos. Todo lo contrario. Es la profundización en los autores atlánticos —sobre todo de Hispanoamérica y de Canarias— lo que conduce al autor a determinar —y a darle un nombre— a la Atlánticidad, el espacio donde se asientan culturas interrelacionadas por el nexo común del océano Atlántico. Un espacio que arranca desde antes del descubrimiento o redescubrimiento de América por Cristóbal Colón en 1492, pero que a partir de este acontecimiento de alcance universal se reivindica como esa comarca de trasiego y de trasvases mutuos entre tres continentes —Europa, África y América—, que confieren una particular identificación atlántica.

Aunque el núcleo ensayístico es común, podemos vertebrar varios vectores. En el terreno de los ensayos literarios encontramos específicamente los dedicados a la literatura hispanoamericana, de los que entresacamos: *La narrativa de Manuel Puig. Por una crítica en libertad* (1982), Edición crítica de *El astillero*, de Juan Carlos Onetti (1983), *Imaginario de Gabriel García Márquez* (1984), *Manuel Puig* (1990), *La narrativa de Manuel Puig. Por una crítica en libertad* (1993), *La literatura*



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS, POR FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

iberoamericana en el 2000. Balances, perspectivas y prospectivas (2003), *La metáfora de Borges* (2003), *Tres ensayos* (Zambrano, Neruda, García Márquez y Cervantes) (2005), *Colón entre la historia y la literatura* (2006), *Una teoría de la lectura: Cien años de soledad* (2016).

También ha trabajado con mucho interés la literatura canaria: *La nueva narrativa canaria* (1987), *Romancero guanche de Diego Crosa y Costa* (junto a Carlos Gaviño de Franchy, 2001).

En *La seducción de la escritura* (1992) y *Antes de la literatura. El narrador y otros ensayos* (2008), vemos al Juan-Manuel García Ramos más teórico en torno al fenómeno de la creación literaria. Mientras que en *La cultura de la democracia* (1989) observamos cómo se incardina — recordemos su condición de humanista— en una reflexión sociopolítica de miras universalistas.

El campo del ensayo se extiende al periodismo donde ha llevado a cabo una importantísima labor que ha sido premiada en 1982 con el "Premio de Periodismo Leoncio Rodríguez", en 1991 con el "Premio Internacional de Periodismo J & B", convocado por la empresa Justerini and Brooks, y en 2003 con el "Premio de Periodismo Mare Nostrum Resort", donde participaron autores de toda la Unión Europea.

Además de haber sido fundador y director de la revista *Liminar*, de literatura y arte, desde 1979 a 1987, en la que realizó traducciones de crítica literaria y estética de Susan Sontag, de Leyla Perrone-Moisés y de Philippe Sollers, ha escrito columnas dominicales para *Diario de Avisos*, de Tenerife, *Canarias 7* y *La Provincia*, de Gran Canaria, y de otras colaboraciones en la prensa nacional e internacional. Una selección de sus artículos aparece en *Prosas atlánticas* (1998) y *Prosas nómadas* (2004).

Una de las más valiosas aportaciones de su quehacer ha sido dar cuerpo, nombre y sentido a la Atlánticidad, que resuelve con suma eficacia las dudas identificativas, no solo del archipiélago canario, sino de los pueblos orillados al Atlántico, sobre todo aquellos de la región macaronésica. Estos textos son fundamentales: *Las relaciones canario-cubanas* (1989), *Ensayos del Nuevo Mundo* (1993), *Por un imaginario atlántico. Las otras crónicas* (1996) Premio "6 de Septiembre" de Investigaciones Americanistas 1995, *Los símbolos de la identidad canaria* (1997), *Los otros, nosotros* (2001), *Atlánticidad. Canarias y la comarca cultural atlántica* (2002), *Intrahistoria del nacionalismo canario* (2008), *Sobre el Imaginario Narrativo Atlántico* (dir., 2012) y *Los otros diálogos atlánticos* (dir., 2013).



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS, POR FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

Valor y significado de su obra

Juan-Manuel García Ramos publica su primera novela, *Bumerán*, en 1974, con veinticinco años. La juventud es uno de los rasgos caracterizadores de la “Narrativa Canarias de los 70”, donde se inscribe el autor. Junto a él, otros creadores como Juan Cruz, Luis Alemany, J. J. Armas Marcelo, Víctor Ramírez, Luis León Barreto..., solidificaron esa generación que en el terreno de la narrativa no había tenido parangón alguno en la historia de la literatura canaria hasta entonces.

Diversas circunstancias confluyeron en el vértice de la década de los 70 del siglo XX en Canarias que apoyaron la eclosión de esta narrativa. Aunque la dictadura aún daba fuertes coletazos, se había iniciado un proceso de renovación social y cultural ya en los sesenta; con la apertura del turismo internacional de masas se facilita el acceso a lo que se hace en los países de referencia, como Francia, baluarte de la cultura en esa época. El crecimiento turístico —en Canarias es evidente— provoca un crecimiento demográfico, ciudadano y económico. Todo ello germina en una actividad creativa sin precedentes, auspiciada por editoriales como Taller de Ediciones J. B. o Inventarios Provisionales, así como por premios literarios: Premio de Novela “Benito Pérez Armas” y el Premio “Pérez Galdós”. Estas circunstancias fueron un acicate, pero quienes le dieron forma y contenido fueron los autores, como Juan-Manuel García Ramos.

Su vida profesional ha pivotado, en su mayor parte, sobre la literatura, a la que accede desde casi todos los ángulos posibles: catedrático de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de La Laguna, novelista, crítico, articulista, editor, ensayista... Su condición humanística, en la que prevalece el servicio del hombre de letras a la comunidad, lo conducen a la actividad política con un proyecto de identificación nacionalista que converge en la creación del PNC (Partido Nacionalista Canario). Ha sido diputado en diferentes legislaturas del Parlamento de Canarias, así como consejero de educación del Gobierno de Canarias.

Como escritor de ficción destacan sus novelas *Bumerán* (1974), *Malaquita* (1980), *El inglés. Epílogo en Tombuctú* (1991), *El guanche en Venecia* (2011) y *El zahorí del Valbanera* (2013). Autor de la generación narrativa de los 70, su escritura parte del experimentalismo crítico que se advierte en sus dos primeras entregas. La tercera, *El inglés. Epílogo en Tombuctú*, es un punto de inflexión. El experimento textual deja paso a una novelística filosófica con una trama bien distinguible. En este proceso de resurrección de la anécdota se encuadran sus dos últimas creaciones, forjadas sobre el basamento de la novela histórica con raigambres bastante hondas en el análisis de la cultura insular atlántica.



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS, POR FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

Su rica obra ensayística se estructura en dos líneas básicas: los estudios literarios y la identidad de Canarias. Posee más de treinta trabajos críticos donde prevalecen sus preocupaciones por la literatura hispanoamericana contemporánea y por autores como José Eustasio Rivera, Onetti, Borges, Neruda, García Márquez, Manuel Puig... Algunos títulos de este quehacer son: *La narrativa de Manuel Puig. Por una crítica en libertad* (1982), *Imaginario de Gabriel García Márquez* (1984), *Manuel Puig* (1990), *La narrativa de Manuel Puig. Por una crítica en libertad* (1993), *La literatura iberoamericana en el 2000. Balances, perspectivas y prospectivas* (2003), *Una teoría de la lectura: Cien años de soledad* (2016).

Su profundización sobre la historia y el devenir de Canarias le ha llevado a la teoría sobre lo que él mismo ha definido como la Atlánticidad, esa comarca cultural oceánica donde dialogan pueblos y culturas de distinto origen. Con su libro *Por un imaginario atlántico* (1996), prologado por don Antonio Rumeu de Armas, obtuvo el Premio “6 de Septiembre” de Investigaciones Americanistas, en su edición de 1995, otorgado por el Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias.

Como editor, por la fundación y dirección de la Biblioteca Básica Canaria le fue concedido en 1997, en México, el Premio Internacional José Vasconcelos.

En el año 2006 le fue otorgado el Premio Canarias de Literatura en reconocimiento a toda su trayectoria profesional.

Bibliografía

Creación (obra narrativa firmada individualmente y en antologías)

- *Bumerán* (novela), Tenerife, CajaCanarias, 1973 y Madrid, Taller de Ediciones J.B., 1974.
- *Antología de la literatura canaria (siglos XIX-XX)*, de Ramírez- Franquelo, Las Palmas de Gran Canaria, 1976.
- *Cuentos canarios contemporáneos*, Las Palmas de Gran Canaria, Imprenta Pérez Galdós, 1979.
- *Malaquita* (novela), Tenerife, CajaCanarias, 1980. 2ª edición en la Biblioteca Básica Canaria, de la Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1991.
- *Literatura de Canarias (siglo XX), Antología de textos para la enseñanza de la lengua y la literatura*, Tenerife, Editorial Interinsular Canaria, 1987.
- *El inglés. Epílogo en Tombuctú* (novela), Barcelona, Plaza & Janés, Colección Paradigma, 1991. 2ª edición en Artemisa Ediciones, 2007. 3ª edición en Artemisa Ediciones, 2010.
- *Retablo y geografía de cuentos canarios. Antología*, preparada por Sebastián de la Nuez Caballero, Tomo II, Islas Canarias, Viceconsejería de Cultura y Deportes, 1993.
- *Literatura canaria contemporánea*, tomo II, antología preparada por Sebastián de la Nuez Caballero, Las Palmas de Gran Canaria, Edircan, 1993.



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS, POR FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

- *El guanche en Venecia*, Valencia, Artemisa Ediciones, 2011. 2ª edición en Artemisa Ediciones, 2011. 3ª edición en Baile del Sol, 2014.
- *El zahorí del Valbanera*, Tenerife, Baile del Sol, 2013.

Crítica (firmados individualmente)

- *La subjetividad*, Tenerife, Liminar, 1980.
- *La narrativa de Manuel Puig. Por una crítica en libertad*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 1982.
- Edición crítica de *El astillero* de Juan Carlos Onetti, Madrid, Cátedra, 1983.
- *Imaginario de Gabriel García Márquez*, Tenerife, Liminar, 1984.
- *La nueva narrativa canaria*, Las Palmas de Gran Canaria, Alegranza, 1987.
- *Guía de lectura de Cien años de soledad*, Madrid, Alhambra, 1989.
- *La cultura de la democracia*, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1989.
- *Manuel Puig*, (ed.), Madrid, I.C.I., 1990.
- *La seducción de la escritura*, Las Palmas de Gran Canaria, Edirca, 1992.
- *La pintura de Fernando Álamo*, Islas Canarias, Viceconsejería de Cultura y Deportes, 1993.
- *Ensayos del Nuevo Mundo*, Las Palmas de Gran Canaria, Casa de Colón, Colección "Alisios", 1993.
- *La narrativa de Manuel Puig. Por una crítica en libertad*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 1993, 2ª ed. ampliada.
- *Por un imaginario atlántico. Las otras crónicas*, Barcelona, Montesinos, 1996.
- *Cómo no se escribe una novela*, Arrecife de Lanzarote, Litoral Elguinaguaria, 1997.
- *Prosas atlánticas*, Santa Cruz de Tenerife, Caja General de Ahorros, 1998.
- *Edición del Romancero guanche, de Diego Crosa y Costa*, Santa Cruz de Tenerife, Biblioteca Capitalina del Ayuntamiento de esa ciudad, 2001.
- *Los otros, nosotros*, Islas Canarias, Academia Canaria de la Lengua, 2001.
- *Atlanticidad. Canarias y la comarca cultural atlántica*, La Laguna, Altasur Ediciones, 2002.
- *La metáfora de Borges* Madrid-México, FCE, 2003.
- *Prosas nómadas*, Santa Cruz de Tenerife, Edición Ka, 2004.
- *Tres ensayos (Zambrano, Neruda, Cervantes y García Márquez)*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 2005.
- *Una teoría de la lectura: Cien años de soledad*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 2016.

SOBRE JUAN-MANUEL GARCÍA RAMOS

- Cruz, Juan, Reseña de *El zahorí del Valbanera*, Babelia, El País, Madrid, 20 de julio de 2013.
- Goñi, Javier, Reseña de *El guanche de Venecia*, Babelia, El País, Madrid, 6 de agosto de 2011.
- L. Aranguren, José Luis, Prólogo de *Malaquita*, de Juan-Manuel García Ramos, Islas Canarias, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1991.
- Rumeu de Armas, Antonio, Prólogo de *Por un imaginario atlántico. Las otras crónicas*, Barcelona, Montesinos, 1996.
- Sáinz de Medrano, Luis, Reseña de *Por un imaginario atlántico. Las otras crónicas*, Babelia, El País, Madrid, 27 de julio de 1996, p. 10.



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS, POR FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

Selección de textos

Del libro *Bumerán* (1974)

Del libro *Malaquita* (1980)

Del libro *Imaginario de Gabriel García Márquez* (1984)

Del libro *El inglés. Epílogo en Tombuctú* (1991)

Del libro *La seducción de la escritura* (1992)

Del libro *Ensayos del Nuevo Mundo* (1993)

Del libro *Por un imaginario atlántico. Las otras crónicas* (1996)

Del libro *El guanche en Venecia* (2011)

Del libro *El zahorí del Valbanera* (2013)

Del libro *Una teoría de la lectura: Cien años de soledad* (2016)

Del libro *Bumerán* (1974)

Empieza esta noche Varón Dandy abandona estas islas y sumérgete en toda esa largueza busca otro pedazo de tierra donde se acabe la enfermedad la angustia el pensar y el pensar. Me ha parecido que se mueve algo, un hombre es posible por qué me tengo yo que preocupar se ha preocupado alguien por mí. Aléjate para siempre y cómprate ropa nueva y perfumes pero total es lo mismo, siempre será lo mismo y yo... mi tierra ... Creo que es un hombre... Es un aire suavísimo y corre ligero, ligero, ligero Ana Carmen Rosa Luis Esteban ayer otra vez un cuartucho enfermo y para qué mañana es lo mismo Ulpio, yo no soy así y qué me vas a contar ahora déjalo Ulpio yo no soy así sé que voy a volver sé que voy a volver sé que voy a volver... Y... ¿Qué? Es lo mismo aquí estoy déjalo Ulpio yo no me parezco a ti tú sí hay gente que sí pero yo es que no puedo me llama me acorrala me va a perder y lo sé lo sabía entonces y me fui pero no voy a probar ahora cómo crees tú yo... No. Silbo y parece que alguien me acompaña y me paro y dejo de silbar y no, no hay nadie, nadie me acompaña, y me pregunto qué estoy haciendo yo aquí esta noche solo, bueno hay un bulto, hace un rato pareció moverse, es tarde, qué vine a buscar aquí, me acuerdo de Ulpio cuando veo el mar, me acuerdo de Port Etienne y parece que estuve ayer, con mi pasaje y mi traje blanco cantando en las noches y viéndose abrir el mar delante de mí, y acordándome de lo que dejaba, soñé que volvía, y lo soñé al segundo día de viaje, qué iba yo a hacer allí y tú me lo dijiste, ¿huyes de algo?, y así era, debí empezar por aclarar todo antes porque hoy no cambió nada, nada logré con mi huida, una huida cobarde, una huida con retorno es la huida de un cobarde, de un cobarde.

Pero, es tan corto el camino entre la decisión y el arrepentimiento que apenas lo he captado, he sido una cosa y he negado esa cosa tan rápidamente que pienso que lo que pensé antes y de lo que me arrepentí es algo absolutamente mío, soy yo, soy así y no lo pude remediar. Lo mismo que la ola que se repliega sobre sí misma, mis decisiones se enfrentan y me traicionan, yo soy un traicionado de mis decisiones, yo puedo ser yo, e inmediatamente ser mi contrario sin notarlo. Desparrramados por la cubierta con las camisas blancas con viso, las axilas cansadas de sudar y con la cena todavía entre los dientes fumando el cigarro quitagustos tarareábamos canciones marineras recién aprendidas, canciones que cuando no las sabes bien bajas un poco la voz y murmuras algo hasta que llega la parte que conoces y es cuando de verdad subes la voz como afirmando tu participación, y así tantos días de viaje. Pensando cuando me iba camino de mi camarote que qué hacía yo en este barco con gente que acababa de conocer haciendo planes para la llegada, con gente que no se parecía a mí, con gente que traía alpargatas recién estrenadas y tan contentos, y mi cabeza



que seguía dando vueltas y las miradas a la lejanía en una esquina de la proa y mi llanto silencioso y mis ganas de volver donde tenía que volver. ¡Qué vacío en todo mi cuerpo! La noche me acorralaba entre las sombras cuando dejaban de sonar las guitarras y las voces y mi voz se hacía silencio interior, y mi voz cansada ya de gritar en silencio se hacía silencio y callaba, silencio, silencio con la voz callada, y sueño, dormía en silencio la voz, mi voz en silencio, había dejado de articular y se hacía silencio ... o ...

Del libro *Malaquita* (1980)

MIRADA DE MALAQUITA

Verde-troceada, animal, congestión de asombro y bn1lo, la mirada que enseñaba, desprovista, de plano, de cualquier parecido a la inmundicia con que las lenguas y los rumores codiciosos la relacionaban.

La vimos irse por aquel tiempo en que las banderitas de celofán —a listas rojas y blancas, a listas azules y blancas, balanceantes, gastadas de color ya tal vez— de las fiestas de los barrios periféricos iban siendo arrancadas por los primeros vientos, una tarde confusa de estaciones, quemados ya, para las lluvias, los pastos de los extrarradios lejanos y aurorales. Cansada de hombrecitos alcoholizados y casposos de la noche, prendida al corredor de ventas, enjuto y destartado, sin convicción, exhibiendo más una huida que la necesidad de marchar. Dibujando su rostro otro aplazamiento, el desatino de la cobardía, escondía un parpadeo triste y nervioso tras el impacto de su traje blanco y unos tacones excesivos. Mirada de malaquita, sobrenatural, tras la cual no le es difícil verse ceñida por la cintura, aplastada contra la pared, dibujada de zapatazos y escupitajos, de la sala de billares de la calle 32 ó 33, zafándose inútilmente de su primer patrón de gafas negras y empalagosa figura. Corroída por la fama de esa primera relación, intentando durante tantos años combatir esa imagen, comprender el grado de la voluntad que aportó o la estúpida resignación con que terminó aceptándolo. La pálida maquinación de los amantes para conseguirla, las veces que dudó de su sexo ante la frialdad que cada hombre la acrecentaba con sus caricias, con la idea incrustada de acabar pronto, hablar menos y marcharse a sus pringosas casitas a verse entre la seguridad de hijos registrados y esposas engordadas de inercia y desconsuelo. Andar sola a través del chumizo, de los barros pertinaces de los inviernos de la Mutadelsa, hirviendo de fiebre, hasta las farmacias cómplices en busca de remedios y regresar sola oyendo ofertas como relámpagos en su cabeza ida y su cuerpo involuntario, las primeras grietas verdes que surcaron su vientre y aquellas dos faltas que quiso desoír por quizá esa remota y formidable querencia de las mujeres de verse preñadas alguna vez. Pasear esa figura grotesca por los suburbios añadiéndole padres al que no tendría ninguno, evitando las penetraciones profundas que siempre terminaban siéndolo, soportando bufidos y vómitos, alientos de intestinos perforados, porque ahora los dientes importantes buscaban el pelo cespado de los pubis de las muchachas de Ghana que se habían puesto de moda en lo de Irma, encandilada durante todos esos meses de la desfachatez de su suerte.

Se columpian en su memoria los dos abandonos, esas dos claudicaciones alejadas que contempla friamente: el cinismo que adivinó en las monjas del hospicio y que terminó por agradecerles al satisfacer la cuota voluntaria que aquéllas recibieron por ignorar las circunstancias de la entrega, una pañoleta ajada y descolorida, cansada tal vez de recorrer



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS, POR FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

trayectos parecidos, la ausencia de esa culpabilidad que el resto de las compañeras le habían maliciosamente adelantado y que ella, al menos durante todos aquellos primeros meses posteriores al parto, desconocería, porque era vivir lo que ahora deseaba, desasirse de todas las humillaciones que el embarazo le produjo, buscar de nuevo la compañía de un hombre que le demostrase que todos no terminaban siendo iguales, buscar la calma relativa de la casa de Marcantoni que había venido solícito a ofrecérsela, "Lo sabes. Tu cuerpo, esos ojos, no tienen que estar por los bajíos de lo de Irma, o los cafetuchos de la Mutadelsa. Yo voy a hacer de ti lo que mereces. Pero ahora debes descansar". La honda sensación de que algo empezaba, de que la vida, por primera vez, valía la pena vivirla. Fue el tiempo en que ya no fueron las puertas batientes de los bares de Princesa Xenia o Relojeros, ni los emplastes de los inviernos entre las casitas, sino los sillones mullidos de los automóviles silenciosos y brillantes aparcados frente al chalet discreto de Los Bajos, mucho más cerca de la civilización de Los Lavaderos y de las gentes, el tiempo de aquel hall en el que Marcantoni siempre nos aconsejaba hablar bajito y de asuntos que nada tuvieran que ver con nuestro trabajo, de habitaciones espaciosas donde no había que soportar la presencia del bidé profesional o el alcahuete de turno, onanista y mirón. El del Marcantoni fino y cariñoso, de noches en su habitación queriéndonos sin miras ni propuestas: "A veces, he llegado a pensar que más que un tratante del sexo, lo soy de compañía. La gente cada vez está más sola, está claro. Vienen aquí a buscar lo que tú y yo ahora nos concedemos sin tomarnos la molestia de darle nombre".

Del libro *Imaginario de Gabriel García Márquez* (1984)

Y en *Crónica* ... va a privar paradójicamente una vieja tarea immortalizada en un giro popular y redundante: contar un cuento. Narrarnos no bajo la amenaza del misógino monarca de Sasán, imponiendo a Scharasad un relato nocturno y salvador, sino por el aparente, solo y tenaz placer de narrarnos. Deshilvanar un sumario —el correspondiente al asesinato de Cayetano Gentile Chimento (Santiago Nasar, en la ficción) consumado por los hermanos Chica (los Vicario), el día 22 de enero de 1951 en el Departamento de Sucre. Reconstruir a través de testigos y amigos el triste final de Gentile, tal es la labor de este nuevo García Márquez erigido en narrador-recopilador, en «insolente» cuentero que no duda, en ningún momento de las desahogadas 139 páginas de su obra, en asistirse de materiales y de voces de una diversidad que alcanza lo doméstico —utiliza el testimonio de algunos de sus familiares más cercanos— para perspectivizar este suceso de cuerpos que no sólo nos ha devuelto la novela sino la denuncia judicial que ocasionó su misma publicación.

GGM dispone en esta última obra dos líneas de intervención. Una, desde el estilo, ya comentada: lenguaje directo, una sintaxis plegada más a la información a secas que a la flamígera verbosidad, humor, coloquialismo. Otra segunda línea que tiene menos que ver con su propia trayectoria y que dimensionaliza la experiencia que constituye *Crónica*... en el marco de la actual narrativa iberoamericana. Si es Faulkner, como hemos dicho, el autor guía de una parte considerable de las elaboraciones de Rulfo, Onetti, García Márquez, a la hora de extraer influencias, digamos vecindad meditativa, en *Crónica*..., no podemos distraer la vista de nuevo de los narradores norteamericanos últimos. *Crónica*... es lo que Truman Capote denominaría una «novela real», un concepto no sólo puesto en circulación por él, sino practicado en su ya lejana *A sangre fría* y en su reciente *Ataúdes tallados a mano*. Una manera de hacer narrativa no desoída por autores como Norman Mailer o Tom Wolfe, y que constituye una síntesis específica de periodismo y literatura, de reportaje y ficción.



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS, POR FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

Del libro *El inglés. Epílogo en Tombuctú* (1991)

Leí en alguna parte que escribir podía considerarse en ocasiones un ejercicio de autodestrucción. Continuamente me he preguntado si no hacerlo no implicaría mayor riesgo, sobre todo para aquellos que anhelándolo nunca lo consiguieron. Carlos Asturias Harrow siempre me hizo albergar esta duda. Vivir su vida tal vez me hubiera ahorrado ahora invocarla; ciertas existencias no encuentran mayor placer que el de extenuarse a sí mismas.

Yo fui uno de los que pudo verlo un octubre regresar altivo a La Comunidad, queriéndonos decir que los años de ausencia le habían convertido, infaliblemente, en otro. Y lo que muchos tomaron como altanería, yo supe desde el principio, tengo que confesarlo ahora, que era una tormentosa inclinación hacia el descreimiento: sus desplantes no fueron nunca el resultado de un estadio de superioridad, suponían exclusivamente la mera derrota asumida. Escribir ahora sobre ello me trae a la memoria una cifra infinita de autores negativos que trabajaron con tenacidad el pesimismo y la aniquilación lenta, sin embargo uno no puede eludir determinados tópicos al adentrarse en algunas vidas.

Quizá los signos de la derrota humana ofrezcan un arco de variaciones menos extenso que el del éxito y la felicidad. Lo cierto es que escribo con demasiados formatos a mano, tantos que no puedo dejar de pensar en la inutilidad de lo narrado, en la inconsecuencia de recorrer nuevamente un destino.

Me consta, por las abundantes conversaciones mantenidas, que Carlos Asturias zanjó esta incertidumbre desde muy pronto. Para él la literatura, que tanto amaba, la filosofía, de la que lamentaba comer, eran territorios muy limitados, tanto como la vida misma. Sostenía que todas las posibilidades de conducta humana estaban agotadas y que escribir una novela a la altura de este tiempo era un burdo ejercicio de oportunismo, de búsqueda de una inmortalidad trasnochada. Lo extraordinario radicaba, desde Rimbaud, en vivir sinceramente las vidas, asumirse a diario en cada una de nuestras apariciones. Morder el polvo de la rutina y, luego, gozar releendo a los clásicos, sumergiéndonos en esas pocas metáforas que Borges presumía haber descubierto en todas las historias de las literaturas del mundo.

Un rayon blanc, tombant du haut du ciel, anéantit cette comédie día a día, solía repetirnos en las tertulias de mi librería, cuando al final de las tardes deseaba cerrar una discusión que ya para él nacía sin importancia. El veredicto de Rimbaud era su bajada de telón, una suerte de adiós ingenioso que disipaba ánimos y posiciones y de cuya eficacia jamás dudó.

Dejándose mojar por las gotas pertinaces que descendían limpias de las gárgolas de tea, se adentraba entonces en Descubridores, la calle que dividía la ciudad en dos épocas. Al fondo, el Distrito 2 cobraba vigor con la tarde de cielo de acero y ventanas rojizas.



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS, POR FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

Del libro *La seducción de la escritura* (1992)

Para el novelista austriaco Peter Handke, autor de *Carta breve para un largo adiós*, —una de sus más tempranas y de sus más acertadas novelas— el ansia de encontrar la justa escritura puede trasladarnos con facilidad a la demencia.

En una reciente entrevista, concedida a Enzo Scolari, Handke afirmaba: "Nosotros estamos en el mundo, y el mundo en nosotros. Pero la escritura no revela el misterio del mundo: le da plenitud".

El hombre es habitado por el fracaso desde su mismo origen y desde esos primeros e inciertos tanteos ya deseó garabatear sobre superficies de toda índole el tamaño de su estupor. La historia de la escritura es la historia de una desolación inaceptada. El hombre salta por encima de su incapacidad para justificar su "ser mismo" y al inscribir su destino emula a los dioses, que no son sino su prolongación imaginaria; rivaliza con ellos. Todavía para Platón los nombres primitivos de las cosas provienen de una potencia superior, ajena a las criaturas terrenales.

Los caracteres de la escritura egipcia son para los griegos "jeroglíficos", de *iepós*: sagrado, santo, divino; y *γλνφω*, esculpir, cincelar, grabar. Son escritura divina.

Pero mucho antes de que el filósofo ateniense sistematizara en sus diálogos el pensamiento de Sócrates y mucho antes también de que las dinastías faraónicas se sucedieran en las orillas del Nilo, el hombre ornamentaba sus cavernas con representaciones que remiten por igual al origen del arte y a la protoescritura.

La escritura como tal, tiene 6.000 años de edad, el alfabeto 3.500 años y la imprenta apenas medio milenio.

Desde las primeras pictografías de los habitantes de África, de Asia septentrional, de América central y de Oceanía, a los tipos intercambiables de metal de la *Biblia* de Gutenberg, el hombre persiguió el mismo propósito: el de perpetuar la memoria de sus conocimientos.

"Habiendo un hablar, ¿por qué el escribir?", se pregunta la ensayista María Zambrano.

Escribimos para salvar a las palabras de su momentaneidad, de su ser transitorio, y para conducir las hacia lo perdurable. El hombre escribe para dejar un testimonio de su tiempo y de la deuda que reconoce con los tiempos que lo precedieron. La escritura es la memoria colectiva.

Las pinturas de Lascaux o Altamira, las tablillas encontradas en Fenicia, posibilitadoras del hallazgo del primer alfabeto, la Piedra Rosetta hallada por los franceses en el delta del Nilo y hoy depositada en el British Museum, un pensamiento de Pascal, un tomo de historia de Arnold J. Toynbee, *Cien años de soledad*, o un reportaje de Norman Mailer sobre la América de nuestros días, son manifestaciones de un mismo afán comunicador.

En un momento no muy lejano del devenir de nuestra cultura, bajo el rótulo de géneros literarios llegaron a cobijarse dominios discursivos, hoy tan cantonalizados, como la *poesía* —lo que hoy denominamos literatura— y sus tres géneros: épico, lírico y dramático; la *didáctica*, entendida como la exposición artística de la verdad con el fin de enseñar y depositaria del patrimonio filosófico, histórico y crítico-estético; y la *oratoria*, en sus modalidades de discurso político, religioso, artístico, etc.

Todos esos espacios de la fundamentación cultural estaban reunidos en torno al concepto de "géneros literarios", y la literariedad de todos ellos la otorgaba una concepción ciceroniana de la *literatura* como escritura. Literatura como suma de escritos de una época, de un país, de una región. Literatura como arte de escribir en oposición a los usos funcionales y ordinarios de la escritura sin más. Literatura como "Weltanschauung", como concepción del mundo y de la vida fundada por los textos de una cultura particular en un tiempo preciso. . .



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS, POR FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

Pero esa convivencia de dominios discursivos tan diversos sólo fue posible en manuales que tenían de la literatura un concepto excesivamente colonizador. Todo lo escrito con una finalidad estética era Literatura: La epopeya homérica, las odas de Píndaro, los discursos parlamentarios de Demóstenes o Cicerón, *El Cantar de los Cantares*, *El Eclesiastés* y los diálogos platónicos, la *Historia* de Herodoto y las tragedias de Sófocles.

Y esto es así hasta bien entrado el siglo XIX. Fueron los románticos alemanes los que prepararon el camino unas décadas antes. La literatura dejó de ser a partir de ese momento un sinónimo perfecto de la historia escrita de la civilización y se propuso una delimitación de su especificidad, de sus propias leyes frente a otros discursos como el histórico, el filosófico, el religioso, el político, junto a los que había nacido y crecido. El núcleo central de ese nuevo arte literario ha de hallarse en los géneros tradicionales de la épica, la lírica y la dramática, en todos los cuales prevalece la fantasía, la ficción y un uso especial del lenguaje.

Del libro *Ensayos del Nuevo Mundo* (1993)

Al igual que en 1492 se produjo el descubrimiento de América y quedó abolido el concepto ecuménico del mundo medieval, y el descubrimiento de una nueva España, la de los estados modernos, la de los absolutismos que enterraban a los poderes feudales, la de la Reforma y la Contrarreforma, en 1992 estamos a las puertas de un nuevo desafío. Las profecías y los buenos deseos han sido revelados por la ciencia proyectiva. Sabemos que en los próximos años el Producto Interior Bruto de los países desarrollados se alejará de los países en vías de desarrollo, que las nuevas tecnologías —la información y las comunicaciones, las ciencias de la vida, la energía...— incrementarán las diferencias de nivel de vida y poder adquisitivo de los habitantes de los pueblos ricos y de los pueblos pobres del planeta.

Desde el conocimiento de estas predicciones, se trata de construir un futuro menos desesperanzado. Europa ha puesto manos a la obra y los estados del ámbito iberoamericano han protagonizado un primer encuentro promisorio. El absolutismo del Imperio de Felipe II puede hoy constituirse en el internacionalismo integrador del imperio de la razón de la modernidad.

La última década del siglo XV y las primeras del siglo siguiente supusieron para Europa y la América Hispana, para el mundo de Nicolás Copérnico y Erasmo de Rotterdam, del citado Maquiavelo y de Leonardo, una comunicación en todos los órdenes de la existencia por ellos experimentada. Cinco siglos más tarde seguimos a las puertas de algunas oportunidades perdidas que el genio de los hombres no alcanzó a vislumbrar. El sino de continuar pensando en un futuro que a todos nos toca construir. Con nuestros sueños y nuestras vigiliass, nuestros esfuerzos y nuestras perezas, con la imaginación y el raciocinio, la magia y el frío discernimiento.

Desde las noches y los días, las rutinas y los júbilos, tanto la América de Martí como la Europa de Winston Churchill siguen descubriendo sus afinidades: Góngora y Sor Juana, Mallarmé y Huidobro, el Indio Fernández y Luis Buñuel. Casi todo se encuentra dispuesto para volver a empezar y a veces la historia nos ofrece la imagen limpia de nuestras viejas obsesiones. El pasado y el presente cara a cara. Como nos ha recordado la profesora Pérez Samper en un manual sobre el periodo renacentista, no es casual que el Tratado de Adhesión de España a la CE se haya firmado ante la estatua de «Carlos V dominando al Furor», obra de Leoni alojada en el Museo del Prado, ni que la primera acuñación simbólica del «ecu» lleve la efigie del mismo emperador.

Los símbolos del presente nos remiten a las aplazadas tareas del pasado.



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS, POR FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

Del libro *Por un imaginario atlántico. Las otras crónicas* (1996)

“Europa, nación confusa”, escribía el historiador Henri Hauser. Para él, Europa era un mundo doble o triple, formado de seres, espacios diferentes y diversamente trabajados por la historia. ¡Cuánto razón tenía y tiene!

Germanos-eslavos, Europa romana-Europa bizantina, Europa continental-Europa oceánica: la historia del continente ha sido dominada por estos grandes antagonismos, a los cuales vino a añadirse el existente entre la Europa liberal y la Europa no liberal. No hay una Europa, sino Europas...

El mundo atlántico de la lengua española ha luchado desde el siglo XV contra la desintegración anímica y espiritual, y en ese combate los canarios hemos sido una fuerza de choque de élite, no por obligación ni falso voluntarismo, sino por convicción.

Allí donde las instituciones políticas fracasaron, el proyecto común de la imaginación y de la creatividad prevaleció. El inconsciente colectivo de los pueblos de las Españas y de las Américas nos acerca sin mayor esfuerzo.

Mito es el nombre de todo lo que no existe y solo está presente gracias a la palabra, sentenció Paul Valéry. La palabra de la literatura ya está dicha, ahora solo cabe que los hechos le concedan la razón o no. Una Atlántida de mutuos intereses construida con los deseos de integración expresados en la Cumbre de Guadalajara, México, en el mes de julio de 1991. La primera cita de la historia para recomponer el puzzle iberoamericano pendiente.

Canarias sigue con desconsuelo esa nueva oportunidad de diálogo, y en ningún momento ha dejado de pensar en su vocación atlántica y americanista. No nos cuesta hacerlo. Esa memoria genética a la que aludíamos al principio, nos sitúa al lado de los que siempre estuvimos. La literatura se nutre de la vida y, muchas veces, también crea la vida.

Con relación al pensamiento eurocentrista, Canarias y América fueron antes territorios de ilusión que realidad; que geografía e historia. Esa circunstancia nos ha hecho con frecuencia marchar juntos y sentir la lejanía y la orfandad de tutores culturales impuestos, sufridos o celebrados. Los tiempos han ido moldeando nuestros pareceres en una contigüidad más del corazón que de la cercanía física.

Los canarios miramos hacia América con una facilidad y una complicidad de viejos amigos. Homero, Hesíodo, Platón, Isidoro de Sevilla, Las Casas, la Venecia del Renacimiento, la misma Isabel la Católica y autores como el citado Giuliano Dati, Anchieta, Melián de Betancurt, Tomás Morales, Carpentier, Loynaz, Antonio Benítez Rojo, Abel Posse, Augusto Roa Bastos, Graciliano Afonso, Mercedes Pinto, Josefina Plá, Nivaria Tejera, José Antonio Rial, y tantos otros, soñaron y escribieron sobre una Canarias y una América conciliadas por el mito, la historia y la literatura.

Los creadores perseveran en la construcción de esa tierra prometida, en ponerle puertas a un campo sin límites con las palabras a su alcance. En restituir, desde el placer y el dolor de la escritura, la cartografía onírica de los paraísos grecolatinos.

Lo voy a repetir de nuevo: necesitamos los mundos soñados para descubrir las soluciones del mundo real en el que habitamos y deseamos seguir habitando.

Los canarios y los americanos éramos el lado exterior e insondable de las Columnas de Hércules (los "oceanizados" por la Antigüedad clásica) y ahora somos la gran mayoría de los trescientos millones largos de hablantes que trabajan, sufren, sonríen y leen en la misma lengua.

Los ocho bisabuelos del autor de la Gramática (1ª edición: 1847) que cohesionó esa lengua, tras la Independencia Americana, eran tinerfeños, y ese autor se llamaba Andrés Bello y había nacido en Caracas el 29 de noviembre de 1781.



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS, POR FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

El mito empieza, en cierto modo, a estar por debajo de la realidad.

Anteayer fuimos un mundo de metáforas y ayer un Nuevo Mundo que no termina de darse cuenta de su grandeza ni de sus inexploradas posibilidades, aunque, desde el arte y desde la literatura, esas posibilidades hayan sido tantas veces ensayadas.

Del libro *El guanche en Venecia* (2011)

En la Corte de Almazán pululaba un prestigioso diplomático véneto, Francesco Capello, en parte artífice del pacto de la Liga Santa contra Carlos VIII de Francia y sus ansias anexionistas en Italia. Por mediación de Capello, la firma de esa alianza se había realizado el 31 de marzo de 1495 en Venecia y habían estampado su rúbrica representantes de Fernando de Aragón, del emperador Maximiliano de Austria, con intereses en el ducado de Milán, además del dux Agostino Barbarigo y el papa Alejandro VI, que tanto había beneficiado a Castilla en las demarcaciones atlánticas con las bulas previas al Tratado de Tordesillas. Capello regresaba ahora a su República Serenísima para aceptar una nueva misión diplomática y entretenía sus días en Almazán en compañía de su amigo el rey Fernando, entre monterías de ciervo y jabalí y agasajos gastronómicos, a los que en ciertas ocasiones era invitado Alonso Fernández de Lugo. Todos hablaron de Bencomo de Taoro y ensalzaron su gallardía y esbeltez. ¿Cómo era posible que en territorios tan lejanos se generaran mortales de esa calidad y poderío?

Entre tanto, Bencomo y sus paisanos, reclusos en casas solariegas de Almazán esperaban ser distribuidos por los reinos peninsulares o devueltos a la isla de origen. Nada estaba decidido aún. Recibían trato de nobles invitados, la violencia de las batallas insulares dejaba paso a la diplomacia cortesana, a las buenas maneras, aunque todos ellos supieran, por filtraciones y secreteos inadvertidos del lengua Guillén Castellano y de su gente de confianza y, en especial, de la confianza de Lugo, que la venta de guanches continuaba en los mercados valencianos y andaluces, que en Nivaria se perseguía a los alzados con saña y empeño, que la isla había sido repartida entre los combatientes y los financiadores de la conquista, que los hombres rendidos a la autoridad ahora vigente y las mujeres libres y sus pertenencias habían sido transferidos a los nuevos propietarios de la tierra. Entre tanto, Bencomo y el resto de menceyes esperaban su suerte entre paredes de estancias confortables, en paseos callejeros vigilados por la Guardia Real o en visitas al río que bañaba aquella población adonde habían ido a parar después de los sangrientos encuentros y de las derrotas inesperadas frente a los castellanos. Todo había cambiado para ellos, pero conservaban la vida, a pesar de que tanto Bencomo como algunos otros empezaban a considerarla más un lastre del destino que una recompensa.

Hacia la primera semana de julio de 1496, para todos se acababan los días de Almazán; los reyes partirían por dos caminos distintos: Fernando se dirigiría a Gerona a preparar sus ejércitos para cortar el paso a Carlos VIII en el sur de Francia, contribuyendo a lo pactado en la Liga firmada en Venecia; Isabel pasaría por Burgos hasta alcanzar el puerto de Laredo, en Cantabria, desde donde embarcaría la infanta Juana para trasladarse a Flandes y encontrarse con su futuro esposo, Felipe, archiduque de Austria e hijo del emperador Maximiliano de Habsburgo. Isabel y Fernando negociaban con ambición todos los matrimonios de sus hijos y éste era uno de los más esperados, aunque la recepción que se le hizo a Juana en Flandes no fue ni de su agrado ni del de sus padres.



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS, POR FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

Un mes tardaría su prometido en encontrarse con ella en la ciudad textil de Lier.

Capello regresaría a Venecia.

Pero antes de iniciarse todos estos movimientos algo se había acordado entre Fernando y el embajador Capello. Algo que atañía directamente a Bencomo de Taoro. Entre los regalos que los Reyes Católicos enviaban a su aliado el dux Agostino Barbarigo se incluía la persona del mencey nivariense. Ese sería su destino tan esperado antes como inesperado ahora. Bencomo lo supo de labios de Guillén Castellano, quien le detalló las etapas del viaje y el sorprendente final de su trayecto.

Del libro *El zahorí del Valbanera* (2013)

—¿Cómo dices, abuelo?

—Que a mí siempre me atribuyeron poderes especiales, desde que tenía tu edad, mañas de la cabeza, para adelantar sucesos y para presentir climas venideros. Mi madre decía a todos los que la querían oír que yo había nacido con los ojos muy abiertos y listos para mirar al mundo de frente. Así que alguien, yo creo que mi padre, tu bisabuelo Cristóbal, un día empezó a llamarme zahorí; en el Valle la gente decía sajorí o sajorín. Y me quedé José Aquilino el Zahorí para todo el pueblo.

—Abuelo, cuéntame la historia del barco otra vez. ¿Fue eso verdad?

—¡Cómo no iba a ser verdad! Si no hubiera sido cierto, yo no estaría ahora aquí contándote la historia.

—¿Y murieron tantos, abuelo?

—Murieron muchos, mi hijo, muchos, y muy buena gente.

—Y por qué te quedaste en Santiago, como tú me has dicho, y no seguiste hasta... ¿La Habana? ¿Era La Habana?

—La Habana era la capital de Cuba, todos queríamos llegar allí para encontrar los empleos que en nuestra isla ya no existían, para ganar dinero y mandarlo a nuestros familiares, para hacernos hombres de verdad y no esclavos de los señoritos de aquí, que te pagaban el jornal que a ellos les daba la gana, cuando te lo pagaban. La tierra aquí antes era de cuatro señores y ellos ponían las leyes. En 1919 la situación en el Valle era de hambre pura, vagábamos de finca en finca pidiendo unas horas de trabajo, algo que llevar a nuestras casas. Yo era soltero aún, pero había hombres casados que veían morir a sus hijos de hambre... Pura miseria. No te exagero... Las cosas eran así. Una madrugada vi reanimar a un peón de los Rodríguez de la Cuesta que iba a cumplir con su jornada de trabajo sin haberse llevado nada a la boca el día anterior, después de tratar de alimentar a sus cinco hijos y a su mujer. Ese amanecer, el hombre cayó desplomado delante de mi casa y



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS, POR FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

logramos que recuperara su conciencia después de hacerle tomar una escudilla de leche con sopas de pan duro. Era el hambre de los tiempos. El miedo a la pobreza. Los humildes siempre temen que ocurra algo que los haga más humildes; a los que tienen cinco o diez generaciones prósperas detrás de la suya no les sucede eso. La guerra allá en Europa había roto los mercados de los plátanos, las papas y los tomates que los ingleses habían organizado desde estas islas, y, a partir de ahí, todo empezó a ir mal, en especial para los que menos tenían. Y entonces todos nos ilusionamos con Cuba y para allá nos fuimos en el mejor barco de aquel tiempo: el Valbanera.

—¿Pero por qué te quedaste entonces en Santiago si La Habana era el destino elegido por todos los que se fueron?

—Esa es otra historia, seguramente es la historia que a ti más te gusta y que ya te he contado otras veces, pero veo que no te cansas de oírla. Te la sabes mejor que yo. La verdad es que con ella creció mi fama de zahorí, de adivino, pero no fui yo solo el que pensó que debíamos bajarnos de ese barco antes de que atracara en La Habana. Hubo otros pasajeros a los que se les pasó por la cabeza lo mismo, pero muchos isleños me concedieron a mí el protagonismo de avisar de que algo malo iba a ocurrir. Y ocurrió. Sí, ocurrió para desgracia de mucha gente de la que nunca más se tuvo noticia.

—¿Y cómo supiste que eso iba a pasar, abuelo? La gente murmura que alguien te avisó, unos dicen que Dios y otros que el Diablo, aunque no lo dicen muy en serio. ¿Fue Dios o fue el Diablo?

Del libro *Una teoría de la lectura: Cien años de soledad* (2016)

Las estrategias de la construcción del relato. El mito como narración simbólica: todo está llamado a desaparecer. División compositiva del todo verbal a través de bloques textuales simétricos que suelen abrirse con un salto al futuro enigmático y después ir rellenando los vacíos, como sucede en el bloque textual 1 con el anuncio del descubrimiento del hielo. Número de personajes (69). Personajes en primer plano y en segundo plano. Uso de personajes desestabilizantes de la convivencia ordinaria. Retratos fulgurantes para ilustrar la transformación psicológica de los personajes. Metaliteratura permanente: la alusión a los manuscritos, Melquiades o el discurso del demiurgo. Los juegos con el tiempo: GGM elabora cada segmento textual desde un completo dominio de lo sucedido y lo por suceder. Un ir y venir constante por el pasado, el presente y el futuro de los hechos acaecidos. Analepsis o *flash-back* y prolepsis o *flash-forward*. El relevo de las generaciones como motor de dinamicidad del relato (*La casa de los siete tejados*, 1851, del estadounidense Nathaniel Hawthorne, los *Buddenbrooks*. *Decadencia de una familia*, 1901, de Thomas Mann, como modelos singulares, y toda la literatura narrativa de William Faulkner). Los espacios preferentes. Todo se ve desde la casa de los Buendía. Macondo como microcosmos. Y aquí es necesario hacer referencia a la novela *Nostromo* (1904), de Joseph Conrad y a la creación de la República de Costaguana y de la ciudad puerto Sulaco dentro de esa obra del escritor polaco, inspiradas por la segregación de Panamá (3 noviembre de 1903), una segregación alentada por los intereses estadounidenses después de la Guerra de los Mil Días (1899-1902). Como también hay que hacer referencia a la Santa María usada por Juan Carlos Onetti en 1950, en su novela *La vida breve*, o a la Comala de Juan Rulfo usada en Pedro Páramo en 1955. La creación de esos lugares



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS, POR FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

simbólicos por parte de Conrad, Onetti y Rulfo no debió pasarle desapercibida a GGM a la hora de convertir un lugar imaginario en símbolo de todo un continente.

En *Cien años...* nos encontramos con un mismo escenario: Macondo, consustanciado con la casa de los Buendía. Cuando la casa crea nuevos espacios en sus sucesivas ampliaciones, Macondo hace lo mismo: tienda de Catarino, Hotel Jacobs, casa del Corregidor, calle de los Turcos... Un mismo escenario que se va poblando con nuevos personajes que, como ya dijimos, son los que dotan al relato de dinamicidad, lo hacen avanzar. Búsqueda del realismo completo, por encima del realismo escolástico (Mario Vargas Llosa: lo mágico, lo religioso, lo mítico-legendario y lo fantástico).

Las estrategias de estilo. Metáforas zoomórficas. Prosopopeyas. Sinestesias: el juego de los «seis» sentidos. Hiperbolización (la presencia de François Rabelais). Epifonemas (sentencias, enseñanzas que parecen provenir de una sabiduría superior; los estruendos bíblicos de los que hablaba Vladimir Nabokov al referirse a William Faulkner). Enumeraciones permanentes.

Las constantes temáticas. Las edades de la Humanidad: edénica, heroica, fieramente humana de Giambattista Vico a Luis de Góngora y Blas de Otero). Las claves bíblicas: Génesis —primer libro de los cuarenta y seis del Antiguo Testamento—, Éxodo (la Tierra Prometida), Plagas (Peste Insomnio —veían las imágenes de los sueños de los otros: la literatura—, Olvido, Guerras Civiles, Invasión Norteamericana, Diluvio —cuatro años de lluvia— y desertización —diez años sin lluvia—), y Apocalipsis —último libro de los veintisiete del Nuevo Testamento—. El pecado original: el incesto. El temor a la animalización, a la vuelta atrás. Matriarcalismo. Vecindad vida-muerte, los muertos vivos. Los José Arcadio como continuadores de la estirpe. Los estados más hondos de las conciencias de los personajes. Rechazo de Europa y de lo europeo (Crespi, Gaston...). Macondismo según José Joaquín Brunner. La reinterpretación y la reactualización del pasado.